

LED ZIPPILIN



ZIPP

PROLOGO

ESTA HISTORIA HA SIDO TRADUCIDA Y MAQUETADA POR IKIWITH, SIN INTERÉS LUCRATIVO. EL MATERIAL ES UNA TRADUCCIÓN FANMADE DEL LIBRO RIPPLES OF FATE (PAG. 155-167) PERTENECIENTE AL COMPAÑÍA WYRD. POR TANTO, TODO EL MATERIAL RECOGIDO, ES PROPIEDAD ÚNICA Y EXCLUSIVAMENTE DE DICHA COMPAÑÍA.

A PESAR DE QUE HE INTENTADO PONER EL MÁXIMO CUIDADO EN LA TRADUCCIÓN, SIEMPRE RECOMENDARÉ LA LECTURA EN EL IDIOMA ORIGINAL, PUESTO QUE HAY CIERTAS IDEAS QUE NO QUEDAN IGUALMENTE PLASMADAS EN UN IDIOMA QUE EN OTRO.

SIN MÁS PREÁMBULOS, ESPERO QUE DISFRUTÉIS DE LAS AVENTURAS DEL TEMIBLE PIRATA ZIPP Y SUS IRON SKEETERS.

Nadie quiere ser golpeado en la cabeza por un gremlin; especialmente no por uno volador. Sin embargo, la vida no es siempre justa, como descubrió Chester cuando el pesado garrote de madera conectó directamente con la parte trasera de su cabeza. A pesar de que su gorro de marinero amortiguó parte del golpe, este iba con suficiente impulso y fuerza como para hacerlo desmontar del carruaje. Chester se fue deslizando hacia un lado de la pendiente, a través de guijarros y maleza espinosa, para finalmente acabar trastabillando en el agua verde, salobre y maloliente del pantano. Al incorporarse, se dio cuenta de que había perdido su arma durante la caída, y a lo lejos el carruaje continuaba traqueteando sin tripulación. La verdad que en ese momento, se encontraba en una situación poco envidiable...

Su día se había iniciado realmente prometedor. Ser el recaudador para un banco de la ciudad de Malifaux, no era un trabajo tan peligroso como inicialmente pudiera pensarse, y el sueldo era adecuado. Gracias a su trabajo había podido ver mucho del país, pasando por las diferentes ciudades mineras para disminuir la emisión de salarios y recaudando los arrendamientos correspondientes a las granjas. En estos recorridos, Chester disfrutaba disparando con su arma a cualquier cosa pequeña y peluda que se apareciese por su camino. Esto se había convertido en una tradición en sus viajes y su cochero, Flat Joe, gritaba “pelusilla” en cuanto veía una pobre víctima en el camino, que era seguido de una ráfaga de disparos para acabar con una masa sanguinolenta delante de ellos.

Habían realizado la ruta decena de veces con anterioridad sin haber encontrado ningún problema, por esta razón no tenían prevista la emboscada.

Chester miraba con desgana hacia la hierba en el lateral del camino en busca de su siguiente víctima, cuando de repente el aire se llenó de gritos de pájaros verdes y negros. Uno de estos pájaros, aterrizó en el techo del carruaje, mirándolo fijamente Chester se dio cuenta de que no era un pájaro si no un Bayou Gremlin con un tosco planeador hecho con madera y tela, el individuo llevaba una máscara de hierro y una palanca entre sus manos.

“!!!!Iron sketeers!!!!” gritó el gremlin. Acto seguido atacó el pesado candado situado en el costado del carro.

A pesar de que no era una bola peluda, Chester había decidido que estaría bien poner un par de perdigonazos en el nuevo visitante. Pero antes de que tuviese oportunidad, un segundo gremlin volador cayó en picado sobre Joe, haciéndole caer de su asiento. Los caballos no notaron la pérdida de su conductor y continuaron trotando, ajenos a la pérdida de este.

Chester se giró para tomar represalias, pero un tercer Gremlin apareció como un rayo intentando arrebatarse la pistola de sus manos, pero falló en el intento y tuvo que ejecutar una pirueta tambaleante con la que acabó estrellándose contra el suelo. Los gremlins no estaban volando, estaban planeando.

Otra sombra verde de alas negras, se abalanzó desde las ramas superiores de un árbol sobre él, con los brazos abiertos para poder planear. Una vez más escuchó lo que parecía ser un grito de guerra “¡¡¡Iron sketeers!!!!”.

Por fin consiguió tenerlo en el punto de mira, el dedo se enroscó acariciando el gatillo y probablemente hubiese explotado a su atacante verde si no hubiese recibido el golpe a traición por la espalda.

Ahora, estaba desarmado, medio sumergido en un pantano que olía peor que unos calzoncillos usados durante todo un año, con una inflamación del tamaño de un huevo en la parte posterior de su cabeza, mientras el carruaje se alejaba, sin conductor, en la distancia. Las cosas no parecía que pudiesen ir mucho peor.

El hocico sonriente de una silueta silúrica se alzó lentamente sobre la superficie del agua turbia, a unos pocos metros.

Bueno... Después de todo, las cosas podían empeorar, pensó Chester.



Era una hermosa tarde. Una de esas claras tardes primaverales en las que todo está tranquilo al cálido sol de mediodía y la brisa arrastra los olores de madreSelva y jazmín. El calor sofocante del verano aún estaba lejos, cuando el hedor del pantano impregnaría todo, y la temperatura agradable era un privilegio del que había que disfrutar.

Zipp permanecía sentado en el acantilado y miró hacia la lejanía. Debía haber existido un gran río alguna vez, o quizás un lago, que había dejado impresa su huella en la tierra. El terreno era firme en las franjas occidentales del Bayou, y había suficiente humedad para propagar el crecimiento de diferentes plantas a su alrededor. Cada centímetro de terreno debajo del acantilado estaba alfombrado en un vivo y brillante color.

Hacia el sur estaba el resplandor anaranjado de Ridley. Los edificios parecían una colección de mondadientes y fósforos chamuscados por un fuego negro, pero Zipp había estado en Ridley antes y sabía que de cerca eran bastante más impresionantes, al menos para los estándares Gremlin. Lo cual no es decir demasiado.

El excitado ulular detrás de él, indicó que su tripulación había encontrado un botín suculento en el interior del carruaje robado. Zipp se volvió con una mueca de decepción en su cara. “¿Es esto lo que consideráis ser un Iron Skeeter?”

Un gremlin con un único diente emergió del interior del carro. “¿Golpear gente en la cabeza y tomar sus cosas? Err... Sí? Esa era la idea...”

Zipp suspiró. “No caballeros”. ¿Por qué Zipp había comenzado a referirse a los otros gremlins como “caballeros”? Ninguno de ellos lo sabía, pero parecía hacerle feliz. “No robamos porque necesitamos las cosas que tomamos. No somos bandidos. ¡Somos los bastardos del Bayou! ¡El terror que cae de los cielos! Somos Iron Skeeters y nuestros negocios no son unos cuantos objetos de metal; nuestro negocio caballeros, es la infamia. No somos simples matones. Con los planeadores os enseñé a volar, os enseñé a levantaros y con cada nuevo atraco, acabaremos reclamando los cielos y... ¿estás escuchando?”

Un gremlin de dientes separados paró de embolsarse más trastos en sus pantalones para contestar. “Sí, claro jefe. Infamia. ¿Podemos seguir guardando el botín?”

“Buck”, comenzó Zipp, “Te hice segundo de a bordo porque pensé que eras prometedor, pero estoy empezando a encontrar falta de visión en tu persona, un elemento esencial para lo que significa ser un Pirata del cielo. Lo ves..”

Zipp fue cortado repentinamente por un chillido agudo, mientras un siluro con un sombrero empapado saltaba al carro y atrapaba el pie de Buck entre sus fauces. “Zipp, ¡ayuda! ¡ayudaaa!”.

Los otros Piratas del cielo comenzaron a levantar sus armas, pero Zipp los detuvo con un movimiento de su mano. “¿Quién?”

Buck chilló cuando el silúrido se lo tragó hasta la cintura “¡Capitán! ¡Capitán, ayúdemeeee!! “

“Ya ves, Buck, esto es de lo que estaba hablando. Un verdadero pirata del cielo necesita entender el correcto orden de la cadena de mando, incluso en una crisis. Tenemos saqueo y robo, sí, pero se trata también del espíritu. Se trata de-“

El Silúrido dejó escapar un estruendoso eructo y Buck, ya no existía. Zipp no había tenido la intención de permitir que la bestia se comiera a su segundo al mando. Sin embargo, Zipp era de esos que nunca deja escapar una buena oportunidad. Miró hacia los ojos horrorizados de los Iron Skeeters. “Buck no estaba mostrando el comportamiento adecuado. Esta bestia, sin embargo, ¡mostró iniciativa! ¡vio su oportunidad y saltó hacia ella, agarrándola con sus propios dientes! ¡Ese es el espíritu de un Iron Skeeter! ¡ Incluso viene vestido para la ocasión!- Zipp hizo un gesto hacia el sombrero de marinero empapado- “Caballeros, ¡conozcan a su nuevo segundo al mando! ¡conozcan a su nuevo primer oficial! Con su apoyo, nos levantaremos del barro del pantano al...”

Hubo un grito estridente cuando el Primer Oficial agarró a otro Gremlin y comenzó a roer su pierna. Zipp odiaba que lo interrumpiesen, y golpeó a la criatura en el hocico, obligándolo a soltar al alterado Gremlin. “Caballeros, ¿alguno de uestes podría traer algo de cerdo ahumado para el almuerzo? Parece que el Primer Oficial está hambriento.”

No tardaron mucho en convencer al Primer Oficial, que era más succulento comer un cerdo completo ahumado que perder el tiempo cazando escuchimizados Piratas del cielo. Aun así, miró a los Gremlins lamiéndose los labios y con mirada hambrienta. Zipp les explicó que esto era bueno para la moral; de hecho, el Primer Oficial tenía que mantener a la "tripulación" en orden. Secretamente, estaba sorprendido de que la criatura siguiese sus instrucciones, pero al fin y al cabo, le había alimentado con un cerdo y así siguió durante una semana. Por lo que no era de extrañar que con tan abundante paga, el silúrido acatase las órdenes.

"Algunos de ustedes podría decir que el día de hoy fue una buena captura"- el monólogo de Zipp parecía nunca acabar.

"Nosotros nos hemos hecho con el botín, como siempre lo hacemos. Es decir, es el camino pirata. Pero... ¿quién queda para contar nuestra historia? ¿A quién dejamos atrás para difundir la palabra sobre los temibles Iron Skeeters? ¿Qué importa robar si nadie sabe que eres tú? Incluso se podría decir que somos unos cobardes por escapar. Pero recuerden caballeros, que no pueden comprarnos con monedas. No nos humillamos por unas pocas monedas y un botín. ¡Nuestra moneda es la infamia y la infamia debe sembrarse para poder ser cosechada! Lo ves-".

Otro pirata del cielo interrumpió a Zipp. Normalmente interrumpir a un Gremlin, hacía que tu cabeza corriese peligro, pero, si trabajabas para Zipp, era realmente la única forma en la que tendrías oportunidad de hablar. "Yo no sé lo que estás diciendo, jefe. ¿Dónde quieres llegar con todas esas palabras?"

"No siempre fue así"- un viejo Gremlin empujó al Pirata del cielo que había hablado. "Todo comenzó una noche con un Aethervox. A través de una de esas cajas que utilizan los humanos, comenzó a escuchar esas historias... y desde entonces..."

Zipp los ignoró y continuó hablando. "Nosotros somos auténticos piratas. El nombre de los Iron Skeeteres será susurrado por el miedo que nos tendrán. Nuestra leyenda volará hacia los cielos..."

Se detuvo. Finalmente se había dado cuenta de que algo extraño estaba sucediendo en la distancia. Lejos hacia el sur, los rayos finales del sol acariciaron momentáneamente una forma emergente cerca del área de Ridley.

Fuera lo que fuese, tenía que ser grande para poder distinguirse desde esta distancia. Negro como una sombra y ya desapareciendo contra la melancólica oscuridad del cielo, Zipp observó cómo se deslizaba un objeto largo y cilíndrico entre los edificios para terminar alcanzando el cielo.

Flotando... En el cielo.

"Bueno, ¿qué supones que fue eso?" El mayor de los Gremlins preguntó con voz curiosa. Evidentemente, él lo había visto también.

Zipp sabía que había vislumbrado algo especial y secreto. Algo deliberadamente manchado o pintado de negro para ser invisible en la noche. Si el sol no hubiese golpeado su flanco en el momento correcto, nunca lo hubiera visto.

“Te diré lo que fue eso”, dijo Zipp. “INFAMIA”



En general, había sido una buena prueba de campo.

Earl podía hacer esta afirmación porque el Profesor estaba relativamente tranquilo. Si esto no fuese así, habría comenzado un largo y mordaz monólogo sobre los diferentes fallos inexcusables que había descubierto.

“La hidráulica es un poco lenta”, dijo el profesor Tewolde mientras caminaban por la pasarela del hangar. “Quiero que limpies las válvulas y cambies el fluido de los motores exteriores”

“Sí señor”, respondió Earl.

Earl corrió junto al profesor, que ya estaba al final de la pasarela justo en el otro extremo del Hangar. El científico poseía una increíble vitalidad para un hombre de sus años, y sus largas piernas parecían no cansarse nunca. “Verifique las lámparas

nuevamente”, dijo Hackeem un momento después. “Quiero que cuando la nave sea presentada, todo esté completamente perfecto. No toleraré ningún fallo”.

“Sí señor”. Earl hizo una nota rápida en su cuaderno, agregándola a su ya enorme lista de revisiones y tareas de mantenimiento. Ser ingeniero jefe era un puesto que sonaba muy distinguido, y uno podría considerar que el puesto otorgaría cierto grado de autoridad. En otras circunstancias, este probablemente sería el caso, pero Earl había aprendido que esto no era posible desde el momento que el profesor Hackeem Tewolde se había hecho cargo del proyecto.

No importaba que Earl supervisara una tripulación de ingenieros, soldados y mecánicos, ni que los fondos del proyecto para el “Cielo sangriento” viniesen de la división científica del gremio. En lo que respectaba a Hackem, parecía que todo le pertenecía a él: los hombres, las herramientas, el hangar, incluso el dirigible; todo era de él.

Es cierto que Hackem había conseguido desafiar la gravedad. El gremio había traído al abisinio específicamente por los avances que su gente había hecho en tecnología. Incluso asesoraba a otros científicos que estaban utilizando el dirigible para probar nuevos dispositivos y ver cómo se comportaban en altitud, pero su verdadera experiencia era acerca de ecuaciones químicas, fórmulas y la aplicación de la fuerza direccional. Transcribir las innumerables páginas de letra farragosa y planos con manchas de tinta era la tarea de Earl y solo de Earl.

Con 300 metros de largo, el “Cielo sangriento” proyectaba una enorme sombra. Gran parte de su volumen estaba compuesto por el marco exterior, que estaba pintado de negro para poder camuflarse en la noche, y alrededor de cuarenta bolsas de hidrógeno hechas de algodón engomado. Debajo del marco había tres góndolas; dos unidades más pequeñas albergaban las hélices de transmisión y los motores; la más larga y central componía la cabina, las literas y la zona de control.

Earl trataba de evitar los aspectos políticos concernientes a su trabajo, pero entendía que el éxito del proyecto había duplicado su importancia desde la muerte del Gobernador General. El poder del Gremio en Malifaux había sido fuertemente sacudido y muchos de los inversores necesitaban la seguridad de que el proyecto llegaría a buen puerto. El “Cielo sangriento” probaría que el Gremio era más fuerte que nunca.

“Pruebas de presión”, decía el profesor. “Quedan menos de tres meses para la Exposición Internacional, y no voy a permitir que nuestro proyecto sea frustrado por una tubería mal ajustada. Quiero todos los sistemas verificados.”

“Sí, señor”. Earl asintió, tomando otra nota. Estaré aquí durante toda la noche, pensó para él mismo, tuvo cuidado en mantener una expresión neutral y seria. Si el proyecto es un éxito, Earl obtendría por fin un puesto adecuado dentro del Gremio.

El profesor se detuvo en la puerta del hangar y se dio la vuelta para darle una valoración final a la aeronave. “Y consigue a alguien para pulir el bronce”, dijo, dando un portazo detrás de él.

“Sí, señor”, dijo Earl sin referirse en nadie en particular, tras esto, regresó al hangar.



Zipp finalmente estaba preparado. Había tomado semanas de exploración, pero él y su tripulación habían estado oteando el horizonte desde la aparición del objeto flotante, triangulando su posición. Al principio, los otros Gremlins no entendían muy bien lo que quería su jefe, pero las miradas hambrientas del Primer Oficial, los persuadía de cualquier motín.

Quien fuese el dueño del barco volador (para los gremlins era un barco porque habían alcanzado a ver los ojos de buey en la parte inferior de la nave mientras ascendía al cielo), se había tomado muchas molestias para mantenerlo oculto.

El hangar era una enorme estructura en el corazón de un pueblo fantasma en las afueras de Ridley, lo cual garantizaba la ausencia de miradas curiosas. Respecto a la nave, toda su superficie era negra y solo los accesorios de latón y las tuberías la delataban. Algún idiota había pulido el metal con tanto esmero, que fueron esos destellos los que permitieron a los exploradores de Zipp localizar la ubicación del hangar secreto y su ocupante.

La primera vez que Zipp había visto como el buque se elevaba con gracia en el cielo nocturno, sabía que aquella nave era su destino. El maravilloso barco, fuera lo que fuese, tenía que ser suyo. Era el broche que le faltaba para lograr su sueño.

La grandeza y notoriedad que siempre había anhelado, estaba al fin a su alcance. Podría bajar desde el cielo durante la noche y amedrentar al populacho (mientras los separaba de sus objetos de valor, obviamente). Sus crímenes serían increíbles, los más osados, y todo el mundo temblaría y asustaría con la sola mención de los “Iron skeeters”.

Él sería un pirata del cielo.

Y esta noche era la gran noche. Habían estado observando las idas y venidas en el hangar, y la mayoría de trabajadores parecían marcharse al anochecer. La aeronave despegaba solo una vez por semana y había salido la noche anterior, por lo que el hangar debería estar esta noche en silencio.

Por supuesto que había guardias; un contingente de guardias estaba siempre vigilante en dos turnos rotativos, pero parecía que habían estado desempeñando esta tarea durante demasiado tiempo. Estaban relajados y poco atentos, regularmente se reunían en rincones del hangar para fumar y jugar a las cartas. Cuando se dieran cuenta de que algo estaba mal, Zipp estaría ya alejándose con su premio.

El hecho de que ni él ni ningún miembro de su tripulación tenían la menor idea de cómo manejar un dirigible experimental, era un detalle insignificante. “Muy bien, chicos”, susurró haciéndoles señas para que se acercaran. “Es la hora”.

Amarillentas sonrisas afloraron en la oscuridad.



Earl no estaba seguro de la hora, pero a juzgar por el dolor en su espada y el picor en los ojos debido a la fatiga, probablemente era pasada la medianoche. Se detuvo un momento y se estiró, haciendo una mueca cuando su espalda crujió. A sus pies yacían una serie de arandelas aceitosas, tuberías de cobre y una válvula de gas parcialmente

desmontada. Había terminado de rellenar los depósitos de fluido hidráulico y de probar los controles, ahora estaba comprobando si las válvulas de gas presentaban fatigas y grietas. La exposición al hidrógeno hacía que el metal se volviese frágil con el tiempo, y quiso remplazar cualquier unión sospechosa antes de que fuese sometida a alta presión.

En realidad, cualquiera de sus ingenieros podría haber hecho estas tareas básicas de mantenimiento, pero toda la tripulación había hecho doble turno para preparar la prueba de vuelo la noche anterior y no le parecía bien que tuviesen que salir hoy también tarde, por estas minucias que requerían la inspección matutina del profesor. Era mejor que lo hiciese él mismo y dejase a la tripulación descansar.

Se había programado la primera prueba de campo dentro de cuatro días, y necesitaba que todo su personal estuviera preparado para ese momento. Un error de cálculo y... Mejor no pensar en eso.

Earl se agachó sobre la válvula de gas y comenzó a recomponerla, limpiando el exceso de grasa con un trapo antes de volver a atornillar cada sección en su lugar. Las válvulas, las arandelas y el sistema hidráulico eran revisiones sencillas para un ingeniero, pero lo que esperaba en el frontal de la nave era bastante más complejo. Su construcción había sido tan secreta que solo Earl y el profesor habían estado presentes en el ensamblaje final. En cuanto a su funcionamiento, bueno, Earl entendía la premisa, pero la física detrás de su funcionamiento era algo que solo el Profesor comprendía.

Como Earl estaría a bordo cuando probasen la aeronave, esperaba que la fe en el profesor no fuera solo infundada... Con la válvula puesta en su lugar, Earl revisó las tuercas una última vez para asegurarse que estaban apretadas. Solo le quedaban cuatro válvulas más, después podría volver a su litera con una comida fría la cual consistía en judías frías y rodajas de mortadela, tras esto podría tener unas horas de sueño reparador antes de la inspección matutina. La última válvula fue colocada en su lugar y Earl estaba comenzando a guardar las herramientas de nuevo en su cinturón cuando su nariz se crispó.

Había tenido varias acaloradas discusiones con el comandante de guardia sobre el peligro de que sus guardias encendieran fuegos alrededor de diez mil metros cúbicos de Hidrógeno, pero nunca parecían terminar de entender el mensaje, y tarde o temprano, alguno de ellos siempre volvía a reincidir.

Murmurando en voz baja, Earl salió a la pasarela en busca del culpable. Tenía la sospecha de que habría sido Stewart una vez más, no importaban las advertencias sobre productos inflamables en el hangar, siempre parecía ansioso por llevarse un cigarrillo a la boca. Earl solo tendría que pedir su transferencia a otro lugar, a nivel personal Stewart no era de su agrado. Cuando llegó al lateral del barco, Earl hizo una pausa.

El hangar estaba en llamas. “Oh”, dijo.

Alrededor de una docena de cajas estaban ardiendo en una salvaje conflagración que ya comenzaba a lamer ávidamente la pared norte. Las llamas también estaban

comenzando a alcanzar la parte trasera de la aeronave y se encontraban solo a seis metros de distancia.

Esto era malo, muy malo.

“¡Fuego!” gritó Earl, saltando inútilmente sobre el pórtico, principalmente porque el pánico le había robado momentáneamente la capacidad para hacer cualquier otra cosa. “¡Fuego!”

Nada ocurrió durante un par de segundos. Tras esto, la cabeza de Stewart apareció detrás de un tabique en el otro extremo del hangar, con un cigarrillo enrollado en su propia boca.

“¿Umm?”

“¡Fuego!”, gritó Earl de nuevo, señalando frenéticamente al desastre que se iba extendiendo. Los ojos de Stewart se abrieron como platos y el cigarrillo cayó de su boca. El guardia agarró un balde de acero lleno de arena y comenzó a caminar por el hangar.

“¡No te preocupes por eso, maldito idiota!” Earl se llevó las manos a la cabeza con exasperación. “¡Tenemos que sacar el dirigible! ¡Las cuerdas de amarre! ¡Las cuerdas de amarre!”

Stewart patinó hasta detenerse, dejó caer el cubo y comenzó a correr hacia atrás por donde había llegado, buscando a tientas su bayoneta. Parecía que la alarma comenzaba a extenderse y los rostros iban apareciendo en las puertas del hangar.

El humo se acumulaba contra el techo, y la parte superior de la nave comenzaba a ser indiscernible. En pocos minutos, se oscurecería por completo.

El Profesor Tewolde salió precipitadamente del dormitorio, sus piernas se movían rápidamente bajo el camisón.

“¡Abrid la puerta del hangar!” aulló, con los brazos sobre su cabeza mientras corría hacia la enorme puerta en la parte oeste. “¡Abridla, os ordeno!”

Los guardias estaban entrando ahora. Algunos de ellos arrojaban cubos de arena sobre el fuego, pero ya se había extendido a los enormes rollos de cuerda de cáñamo en la parte trasera del hangar, cambiando el color del humo de gris a un negro, espeso y nocivo. Otros cortaban las cuerdas de amarre con cuchillos, pero la mayoría se había congregado junto a la puerta y luchaban por poder abrirla.

“¡Earl!” gritó Hackeem mientras se unía a la lucha por abrir la puerta. “¡Arranca los motores!”

El ingeniero se refugió en el interior, tropezó con su caja de herramientas antes de poder sentarse en la consola del motor. Los botones de arranque eléctrico se habían considerado un riesgo durante la fase de diseño, por lo que cada motor tenía una manivela para el arranque manual. Earl comenzó a accionar frenéticamente la primera

manivela, segundos después fue recompensado con el rugido del motor uno cuando cobró vida.

El “Cielo sangriento”, comenzó a avanzar. Las cuerdas de amarre crujieron en respuesta al movimiento, la mayoría que ya estaban casi cortadas cedieron bajo la creciente tensión. La puerta finalmente comenzó a chirriar bajo los esfuerzos combinados de una veintena de guardias y el profesor, que mostraba un rostro iracundo. El humo se escapó de inmediato a través del espacio abierto, arremolinándose en el cielo nocturno.

El motor número dos chisporroteó, tosió y luego aceleró hasta cobrar vida, empujando la nave hacia delante otra vez, la velocidad del empuje se incrementó cuando ambas hélices se aceleraron, agitando la creciente nube de humo sobre sus cabezas.

La última cuerda de amarre chasqueó con un fuerte sonido y la aeronave comenzó a tomar impulso, abriéndose camino a través del hangar.

Earl sujetó el piloto de mando, tratando de mantener estable el dirigible a medida que se movía con mayor velocidad hacia la puerta. Esperaba que la puerta fuese abierta a tiempo, solo había un metro de espacio entre el dirigible y los marcos laterales de la puerta, si esto no ocurría, en el mejor de los casos arrancaría sólo parte de la superficie dorsal y en el peor de los casos rompería toda la superestructura. La extracción desde el hangar normalmente se hacía a mano y a paso lento, pero ahora no había tiempo para eso.

“¡Empujad!”, se desgañitaba el profesor Tewolde, su atención estaba dividida entre la lenta apertura de la puerta y el rápido acercamiento del dirigible a esta, que era ahora una negra silueta ante las crecientes llamas anaranjadas. Toda la parte posterior del hangar estaba ahora envuelto en llamas.

Otros científicos estaban comenzando a salir del dormitorio ante toda la algarabía, tosiendo y mirando alrededor con consternación.

“¡Mi velocípedo Magneto-Propulsivo!” gritó el Dr. Orbes, mirando con tristeza hacia la nave.

“¡No hay tiempo!” respondió Hackeem con irritación. “¡Debemos salvar el dirigible!”

“¡Pero nuestro trabajo también está a bordo!”

“¡Si salvamos el dirigible, lo salvamos todo!”

Earl se secó el sudor de la frente, mirando por la ventana e intentando ignorar los chirridos de la pasarela. Por mucho que quisiera detenerse y dar tiempo a que se abriese la puerta, sabía que no tenía tiempo.

Algo estalló detrás de la aeronave y esta se estremeció. El humo negro había llenado casi por completo el hangar tras la explosión, y ahora los científicos corrían por

sus vidas. La puerta del hangar solo tenía tres cuartas partes del espacio abiertas, pero era ahora o nunca.

Earl apretó el acelerador al máximo cuando las llamas comenzaban a lamer la parte trasera de la aeronave. El “Cielo Sangriento” rugió hacia su libertad, chirriando como el corcho en una botella cuando atravesaba la puerta. Aunque se perdió parte de la pintura y se derribaron astillas de madera y yeso del marco de la puerta, la nave al fin estaba libre.

Manchados de hollín y a medio vestir, los científicos gritaron y aplaudieron de júbilo cuando Earl condujo el dirigible alejándose de las llamas. Él sabía que los tanques de hidrógeno de repuesto y la planta de fabricación en el edificio contiguo al hangar no tardarían en recalentarse y explotar, pero estaba decidido a estar lo más lejos posible cuando esto sucediera.

Estaba empezando a pensar que el premio de la División de ciencia había sido salvado después de todo, cuando unas aves grandes y negras comenzaron a golpear en los laterales de la góndola.



Zipp había esperado el momento perfecto, sabía que no tardaría en llegar. Había sido como un juego de niños comenzar el fuego. La mayoría de los guardias del turno dormían o fumaban en el extremo occidental del hangar, y Zipp pudo escabullirse hasta la pila de cajas vacías para encenderla. Subió con facilidad por una escalera hasta el techo con su banda.

Allí, simplemente se agacharon y esperaron, escuchando los gritos de alarma desde adentro. Muy pronto, el humo comenzó a filtrarse a través de los agujeros oxidados en el techo de hierro y una creciente luz naranja iluminaba sus rostros sonrientes.

Cuando el morro de la gran aeronave comenzó a atravesar la puerta del hangar, Zipp supo que ya era suya. Los idiotas habían estado tan desesperados por sacar el dirigible que no habían pensado en la seguridad. La nave estaba completamente indefensa y probablemente apenas tendría tripulación a bordo.

“Listos, muchachos”, dijo mientras la gran nave atravesaba la puerta y salía a la oscura noche.

“¡Enseñadles a temer a los Iron Skeeters!”

Los Iron Skeeters saltaron desde el techo del hangar, extendieron sus alas y cayeron sobre los flancos de la aeronave. Rebotaban contra la superestructura y forcejeaban contra las cuerdas de amarre que se arrastraban, pero, en general, lograron agarrar la góndola suspendida y la pasarela batida; fue un poco chapucero, pero efectivo.

Mientras su tripulación hacía el trabajo pesado, Zipp se ocupó de asuntos más importantes. Se ajustó el arnés y saltó del techo del hangar, descendiendo, majestuosamente (eso pensó él), sobre las cabezas de los frenéticos científicos. “Habéis tenido el gran honor de ser los primeros en ser robados por los piratas del cielo”.

“¡Este fue un trabajo de los Iron Skeeters!”

Un espectador podría haber dicho que los científicos y guardias estaban demasiado ocupados lidiando con el fuego o viendo el asalto a la nave real, para notar el grito del gremlin mientras este era alzado. Pero Zipp sabía que la razón era que estaban demasiado aterrorizados.



La expresión del profesor Tewolde pasó desde la preocupación frenética hasta el alivio extremo, la confusión y el terror naciente. Vio cómo su aeronave escapaba de las llamas solo para ser atacada por una bandada de grandes y negros pájaros verdes.

“¡Ladrones!”, exclamó de repente el profesor. “¡Están robando mi aeronave!”

Los científicos, vestidos con su ropa de dormir, comenzaron a correr detrás de la embarcación, enarbolando los puños y gritando con indignación. Los guardias seguían ocupados en su lucha contra el fuego.

Una fornida silueta se abrió paso entre los científicos, los tiraba al suelo y los dejaba asfixiándose con el humo.

“¿Qué es... eso es un silurido?” Tartamudeó el profesor Forbes.

“¿Alguna vez has visto a un silurido con sombrero?” Respondió Hackeem.

El silurido aumentó la velocidad e hizo un gran salto al dirigible, que aún volaba relativamente bajo. Alcanzó el costado con una de sus garras y se irguió. El sombrero se mantuvo orgullosamente sobre su cabeza todo el camino.



El asaltante estaba frente a él, blandiendo una pistola. Earl de manera discreta cogió la llave inglesa que colgaba en su cinturón. No podría dar dos pasos antes de ser acribillado a balazos.

“¡Está bien, que nadie se mueva!”, gritó el gremlin, agitando el arma de tal manera que hizo acongojarse al ingeniero. Después de un instante, se dio cuenta de que Earl era la única persona que se encontraba allí.

“¿Solo estás tú? Eso está bien.”

El gremlin sonrió. Tenía una mosca atrapada entre sus dientes. Earl trató de no mirar. “Mi banda y yo estamos requisando este barco. Soy el capitán Zipp, pirata del cielo”. Poniendo especial énfasis en la parte de “pirata del cielo” y Earl calló en la cuenta de que debía parecer impresionado. Asintió diligentemente. “Cierto. Dios mío. ¿Cómo podría ayudarle? ¿Capitán?”

“Ahora eres nuestro prisionero, ya que estás en nuestro barco. Pero serás tratado con justicia. Te alimentaremos, vestiremos y cuidaremos, ya que somos honorables bucaneros, a pesar de que seamos considerados el terror de los cielos”, dijo Zipp, mientras más gremlins comenzaban a entrar en la sala de mando.

Miraron a su alrededor con interés, empujándose unos a los otros. “Somos los Iron Skeeters. ¿Has oído hablar de nosotros?”

Earl dirigió su mirada a la pistola. “Oh, claro. Absolutamente. Los famosos piratas del cielo. Sí.”

Esto pareció tomar al Gremlin por sorpresa, pero rápidamente lo ocultó. “¡Por supuesto que sí! Y pronto todo el mundo sabrá el nombre del Capitán Zipp y sus Iron Skeeters”. Hizo una pausa. “¿Dónde escuchaste de nosotros?”

Earl tragó saliva. “Umm. Lo escuché en el Aethervox”.

Zipp sonrió. “¡Claro! Sí, ¡el Aethervox! Cuentan nuestras historias, transmitiendo a través de todo Malifaux que nosotros, el...”

Un viejo Gremlin interrumpió a Zipp. “Um, Capitán. ¿Sabes cómo hacer volar este trasto?”

Zipp hizo una pausa durante un segundo. La confusión y luego el horror cruzaron su rostro antes de enderezarse y ajustarse el abrigo. Se giró hacia Earl, mirando su cinturón de herramientas. “¿Eres el mecánico de este buque?”

“Ingeniero”, corrigió Earl.

“¿Sabes cómo volar?”

“Sí señor.”

Zipp se volvió hacia el viejo Gremlin. “Como lo planeé, hemos capturado al ingeniero del barco, un experto en vuelo. Como nuestro prisionero, está obligado a hacer lo que digamos. Conducirá la nave hasta que hayamos aprendido lo suficiente acerca de los controles”. “Ingeniero”, se volvió hacia Earl, “adelante”.

Earl obedeció acelerando los motores y ajustando las superficies aerodinámicas mientras se mordía el labio. No tenía sentido desafiarlos, al menos no hasta que tuviese un plan de escape. Incluso sin las armas, había demasiados como para manejarlos él solo. Tendría que pensar otra cosa. Se dio cuenta de que Zipp estaba observando sus acciones cuidadosamente.

“¿Qué estás haciendo ahí?” Preguntó Zipp, agitando el cañón de la pistola sobre los controles de mando.

“Ese es el timón de dirección”, explicó Earl. “Controla la dirección y el giro.”

“¿Y eso?”

“Es el control de aceleración para los motores uno y dos. Y esta palanca controla los paneles aerodinámicos.”

El Gremlin fue pasando sus ojos rápida y metódicamente por cada palanca, recorriendo los diales y sus medidores. Quedaba claro que tenía sed de conocimiento acerca de su nueva adquisición.

“¿Y este?” El capitán pirata señaló el panel de control para “el Mecanismo”.

La boca de Earl se secó. Se había olvidado de *eso*. Que Dios los ayudara si los Gremlins se daban cuenta de lo que habían robado. Si descubrieran cómo iniciarlo...

“Válvulas de gas”, tartamudeó. “Uh, válvula de gas controlador”.

En ese instante, una forma enorme se aproximó a la entrada de la góndola, que aún permanecía abierta. Earl observó con asombro cómo un silurido se internaba en la cabina. Llevaba un sombrero de marinero.

El silurido se quedó parado en la parte delantera de la cabina y lo miró. Lo miró como un hombre hambriento mira un pollo asado.

Earl tragó nerviosamente.

“Este es el primer oficial”, dijo el capitán. “Después de mí, es el siguiente en la línea de mando. Si yo estuviese incapacitado, debes seguir sus órdenes al pie de la letra”.

“Sí señor”, asintió Earl.

El primer oficial no había parpadeado. Se lamió los labios.

“Oh cielos”, susurró Earl.

“Muy bien”, dijo Zipp. “Dejaré al primer oficial mirarte mientras inspecciono mi nueva nave”.

Earl comenzó a sudar.

El primer oficial le mostró sus dientes sonrientes.



“¡Este lugar es un tesoro!” susurró Zipp roncamente. Se habían deslizado a través del barco, revisando habitación por habitación. Estaba lleno de alimentos, suministros y parecía que se había estado preparando para transportar algunos artículos algo inusuales.

Había ventanas a lo largo de la pared desde las cuales Zipp podía ver el cielo nocturno abierto y las lunas gemelas de Malifaux, que parecían mirarlo. Encontró algunas habitaciones sin puertas que estaban adorandas con archivos, tableros llenos de papeles e innumerables rollos de dibujos y esquemas, ninguno de los cuales tenían sentido para los gremlins.

Sin embargo, lo que llamó su atención inmediatamente fueron los objetos que había en cada habitación. Muchos estaban contruidos solo parcialmente o eran un amasijo irreconocible de componentes sin ningún propósito, pero había otros dispositivos sobre las mesas cuyas propiedades eran completamente reconocibles.

Lo primero que encontró Zipp en el lugar fue una pistola; era más pesada y voluminosa que un revólver convencional, apretó el gatillo y un gran destello blanco y azulado envió un arco de electricidad irregular que recorrió toda la habitación.

“¡Es una pistola de rayos!” exclamó el viejo Gremlin, con los ojos muy abiertos.

“No, es MÍ pistola de rayos”, corrigió Zipp, introduciendo el arma en su cinturón.

“¡Hey!”, gritó uno de los otros, saliendo tambaleante de una habitación contigua con los brazos alrededor de un pesado objeto de metal. Parecía un cubo de gran tamaño con un tanque de agua en la parte superior y tuberías de cobre enroscadas alrededor. “¿Qué creen que es esto?”

Zipp lo miró por encima. Aunque carecía de cualificaciones en ingeniería y de cualquier cosa que pudiese incluirse en el campo de la “ciencia”, Zipp disfrutaba de los fuegos artificiales como todos los gremlin y esa cosa parecía un gran cohete.

Su pulso se aceleró cuando el objeto reveló un pesado arnés de cuero para los hombros y un cinturón pegado a la parte inferior.

“¿Sabes lo que es esto?” Respiró, acariciando el frío acero con reverentes dedos.

“¿Un alambique?”, dijo con voz esperanzada.

“Creo...” dijo Zipp, su voz estaba temblorosa de emoción, “creo que esto puede ser un jet pack”.

“¿El qué?” dijo la otra voz, levemente decepcionada al ver que el chapoteo del tanque no contenía alcohol.

“Un jet pack, para volar. He escuchado historias acerca de ellos en el Aethervox. Ellos dicen-“

Zipp fue interrumpido por un colectivo ooh cuando los Gremlins se reunieron para tocar su magnífico aparato.

“¡Apártense!”, gritó Zipp, protegiendo su codiciado dispositivo. “Este es un instrumento de precisión”.

“Ey jefe”, llamó el viejo Gremlin desde una puerta al final del pasillo. “Si le ha gustado eso, esto te va a encantar”.

Se precipitaron hacia la puerta y se quedaron mirando fijamente.

La máquina obviamente estaba diseñada para ser montada. Había una silla de cuero acolchada y estribos de pie, a cada lado. Una curiosa barra de metal que se proyectaba desde el frente sostenía una serie de diales, interruptores y palancas, y parecía que podían moverse a través de varios ejes que a juzgar estaban articulados en la base.

Grandes tubos metálicos estaban proyectados hacia los laterales y la espalda de la máquina, se podía ver una marcada decoloración debido al calor extremo que habían sido sometidos en su construcción. Cuatro apéndices sobresalían de la sección media de la máquina, hechos de alambres y varillas de acero con algún tipo de tela delgada y plateada estirada sobre ellos.

“Se parece a...” comenzó el viejo Gremlin.

“... un enorme mosquito”, terminó Zipp.

La creciente emoción en su interior era irresistible. Todos los Gremlins de su tripulación tenían algo especial reservado en el barco. Zipp había estado despotricando durante semanas acerca de cómo todo debía suceder, y ahora que estaban allí habían encontrado una pistola eléctrica, un jet pack y un mosquito gigante volador, y ni siquiera habían llegado a utilizar el dirigible todavía. Esto tenía que ser el destino.

“Esto es todo, muchachos”, dijo Zipp. “Este es nuestro destino para poder tomar los cielos. Para reclamar lo que es nuestro por la fuerza y por astucia. Esto no ha sido mera casualidad. ¡Somos los Iron Skeeters, y somos piratas del cielo!”

Una ovación brotó de toda la tripulación.



Los gremlins volvieron a la cabina justo cuando el primer oficial se acercaba sigilosamente hacia Earl. Llevaban consigo una serie de artilugios, uno de los cuales reconoció como el Velocípedo del Dr. Forbes.

El capitán Zipp miró por la ventanilla lateral y, aparentemente satisfecho con la altitud que habían ganado, centró su atención en el velocípedo.

“¿Sabes cómo funciona esto?”, preguntó, empujándolo con su pie.

“He visto los esquemas”, dijo Earl. “Entiendo los principios físicos, por eso yo... claro, podría, quiero decir sí. Sí, sé cómo funciona”.

Zipp estaba sonriendo.

“Entonces, ¿puedes construir más? ¿Si te consigo los materiales?”

“Uh, por supuesto”. Asintió Earl, sintiendo los hambrientos ojos del silurido arrastrándose sobre él. Sus largas garras se movían indecisas como si no pudiese decidir qué bocado jugoso quería comer primero.

“¿Oyen eso, muchachos?”, dijo Zipp. “¡Una flota de máquinas voladoras”

La banda gremlin comenzó a vitorear.

“Por supuesto, no tiene sentido simplemente tener una máquina voladora”, continuó Zipp. “Debe tener estilo. La gente necesitará saber el nombre del terror que desciende desde el cielo. ¿Podrían parecerse a mosquitos? Con magníficos aguijones de hierro, que caen en picado desde el aire, sedientas de la sangre de aquellos...”

“¡Quiero que el mío parezca un cerdo!” gritó un Gremlin.

“Y un cerdo para Roscoe”, dijo Zipp enarbolando los ojos.

Earl no podía soportar más. “Sí, puedo hacer que luzcan como quieran”. Dio un paso nervioso alejándose del Primer Oficial, todavía agarrando los controles en un ángulo incómodo.

“Excelente”, dijo Zipp, notando la incomodidad que tenía el humano en presencia del Primer Oficial.

“¿Cuál es tu nombre?”

“Earl”.

De acuerdo, Earl, me harás copias de esta máquina voladora, nos mantienes en el aire, y yo me ocuparé de que el Primer Oficial esté lejos de ti. ¿De acuerdo?

El ingeniero asintió. ¿Qué otra opción tenía?

“Bien, Earl, pon el Infamia rumbo al Bayou”.

“¿Infamia?” Preguntó Earl.

“En efecto”, dijo Zipp, arrojando un poco de carne de cerdo ahumada al Primer Oficial quien lo atrapó en sus fauces. “Todo barco necesita un nombre. Infamia es un nombre muy apropiado”.



FIN